

La hipertrofia del imaginario

TECLA GONZÁLEZ

La vida sin nombre. La lógica del espectáculo según David Lynch.

Gabriel Cabello. Biblioteca Nueva. Madrid, 2005

Estamos viajando a toda velocidad a través de una carretera perdida desde el fondo de la cual, entre una densa neblina, emergen los títulos de crédito hasta golpearnos. Vemos lo mismo que alguien pero, ¿de quién se trata? De alguien que si bien todavía no existe, pues no hay ninguna traza de su cuerpo, sabemos que está perdido y necesita que alguien le guíe, tal y como dice la canción de David Bowie que acompaña la visión de la carretera –“I’m deranged, cruise me, cruise me baby”. Así, desde el principio mismo de *Lost Highway*, el espectador está convocado a ocupar el mismo lugar esquizoide de su protagonista: Fred Madison. Y hacia él, hacia alguien que está perdido y que no logra constituirse como sujeto –tal y como vemos a lo largo del film–, se encamina toda la primera parte de este excelente libro de Gabriel Cabello.

En ella, y tras un breve y hermoso análisis de una escena de *Si una noche de invierno un viajero* en la que Italo Calvino narra el momento en el que uno de sus personajes se incorpora al orden simbólico –con la renuncia que ello implica–, Gabriel Cabello hace un rastreo por la historia de la dimensión antropológica de la imaginación como un modo de acercamiento al estatuto de la imagen. Comienza el autor esta interesante andadura destacando la relevancia que ha ocupado en el pensamiento kantiano la “Imaginación Trascendental” como actividad humana que el sujeto necesita como horizonte para existir, dimensión metafísica que se mantendría hasta la radicalización vanguardista. En este nuevo periodo dominado por un esfuerzo de racionalización formal como principio creativo, se abre la cuestión de la posible desaparición del aura de la obra de arte por la incidencia del desarrollo de los medios de reproductibilidad técnica de la imagen. Problemática, ésta, que expone el autor haciendo eco de la ambigüedad del pensamiento de

Benjamin desde una perspectiva histórica, hasta, a partir del análisis que Roland Barthes realizó en *La cámara lúcida*, desarrollar una reflexión sobre la dialéctica entre la capacidad del dispositivo fotográfico para ofrecer una huella de lo real y la identificación imaginaria, para, aludiendo a la misma oscilación que rige la dialéctica del doble espejo, llegar al problema de la construcción del sujeto.

Así, en su recorrido por las diferentes transformaciones culturales, Gabriel Cabello llega al medio cinematográfico, el cual no sólo ofrece esa huella de lo real sino que incorpora una "temporalidad otra" que hace posible un proceso de significación análogo al proceso de construcción del sujeto. Y, tras el cine como espacio de ficción en el que, siguiendo a Gadamer, el espectador participa ampliando su "horizonte de expectativas", el autor arriba a la forma privilegiada de la circulación posmoderna de imágenes, es decir, al videotexto en su doble versión de televisión comercial y de videoarte y, con ello, a la abolición de ese espacio de ficción y la pérdida de referencialidad característica de este nuevo discurso.

Complejo trazado teórico que le lleva a la experiencia de la imagen en la videocultura que, instalada en el modelo psicótico, ha llegado a crear una cohesión social imaginaria entre sujetos que –en palabras del autor– tratan de construirse en la identificación especular, es decir, sobre la elisión del tercero, de la ins-

tancia de ley, lo que supone quedar encerrado en una relación dual, mera dialéctica entre la imagen ideal, es decir, la figura *demandada* y su ausencia: el espejo roto, el cuerpo real sin unidad, en descomposición; en una palabra, la emergencia de lo siniestro.

Es en este punto donde se sitúa *Lost Highway*: en la consolidación de la postmodernidad donde la fragilidad de lo imaginario se manifiesta como siempre a punto de desmoronarse, es decir, como una constante emergencia de lo siniestro. Porque está construido exclusivamente en lo imaginario, Fred Madison, el protagonista de *Lost Highway*, vive entre el intento de capturar su imagen en el espejo y la experiencia del cuerpo fragmentado. Siguiendo, pues, la constelación lacaniana de los tres órdenes, Gabriel Cabello pone de manifiesto cómo el protagonista vive sin ocupar un lugar en el orden simbólico, ya que no se ha producido la incorporación de lo social mismo tal y como se da en la imposición del Nombre-del-Padre –por eso al final del film el Hombre Misterioso avanza hacia Fred con la cámara y le pregunta "¿Y tú? ¿Cuál es tu nombre? ¿Cómo coño te llamas tú?": porque Fred, como reza el nombre del presente libro, no tiene nombre.

Tal y como articula el autor en su estudio, si la puesta en suspenso de la autoridad paterna, es decir, del orden simbólico –que no del acceso al lenguaje–, está presente en toda la obra de Lynch, en *Lost Highway* no se

trata tanto de su suspensión como de tematizar su desaparición misma: de ahí la esquizofrenia de Fred/Pete o, como diría el propio David Lynch, su “fuga psicogénica” –ejemplo arquetípico de lo que Jameson llamó la esquizofrenia postmoderna.

Porque no hay posibilidad alguna de acceso a lo real a Fred Madison –y a su alter-ego Pete– no le pasa, en última instancia, nada. Pues nada ha ocurrido desde el punto de vista de la biografía de Fred –del tiempo del deseo, del tiempo de la autoconstrucción del sujeto. Pero ¿cuál es el elemento que oblitera la construcción de su biografía? Pues, precisamente, la figuración de la videocámara –con la que el Hombre Misterioso filma el inconsciente mismo del protagonista, quien se entera de que ha asesinado a su mujer por una cinta de video ya que él sólo recuerda lo que se refiere a la dimensión imaginaria– y, más allá de ella, la hipertrofia de lo imaginario que, ubicada en el corazón mismo de *Lost Highway*, localiza la construcción del sujeto postmoderno.

Guiado por el propio universo lynchiano, al autor va recurriendo al uso de categorías teóricas como la

teoría del simulacro tomada de Baudrillard, la banda de Moebius con la que Lacan describe la estructura del sujeto o el “enigma de la postmodernidad” tal y como lo articula Žižek entre otras, para ir reflexionando sobre el proceso de construcción de la subjetividad postmoderna en la realidad experiencial del capitalismo avanzado. Pero no podemos dejar de llamar la atención sobre la dinámica con la que Gabriel Cabello confronta dichas categorías de análisis a la obra de David Lynch, ya que a medida que las va desplegando desarrolla un complejo y elaborado ejercicio de crítica en el que va desvelando los problemas que laten en el interior de dichas concepciones.

Antes de finalizar este lúcido y riguroso estudio sobre las complejas transformaciones que nos han llevado a la actual situación de esquizia inherente a la llamada postmodernidad, Gabriel Cabello, a diferencia de Lynch quien no propone ninguna salida a tal situación, plantea la necesidad de escapar de esta patología cultural. Y es precisamente en esta búsqueda de una salida donde Cabello manifiesta sus conclusiones sobre el análisis de la obra de Lynch: y así, desvela su juego.